

Demandas de identidad

El edificio europeo, a la intemperie

Cristina Monge

Respecto al fracaso de la construcción de una identidad en torno a la Unión Europea.



ILUSTRACIÓN: Julia Dorado.

Hablar de identidad es hablar de diferencia. Lo que nos identifica es lo que nos diferencia de otros. Partiendo de esta premisa, cabe preguntarse cuál es la identidad europea, qué nos hace sentirnos semejantes a unos y distintos a otros y qué está pasando actualmente con estos elementos.

Para empezar, creo que es preciso dejar constancia de que la idea de una Unión en Europa, en las distintas etapas de su andadura hasta la actualidad, ha partido de la diferencia. Diferencias culturales, sociales, de cultura política y de concepciones básicas. Diferencias que en el *summum* se saldan con enfrentamientos bélicos. De hecho, hasta el fin de la II Guerra Mundial, Europa es un continuo escenario de guerras y de lucha por el poder, tanto en el viejo continente como en el resto del mundo. La idea de Europa no parte, por tanto, de una identidad común, sino de diferencias que construyen esa identidad común.

Europa se edifica desde la diferencia apoyándose en tres grandes elementos: el cimiento de la legiti-

dad política que da la democracia liberal representativa, la techumbre del Estado de bienestar que nos protege de las inclemencias y la paz como la pared maestra que guía la construcción de todo el edificio. Los tres se visibilizan en la práctica totalidad de tratados y textos fundamentales que han ido dibujando lo que hoy conocemos como Unión Europea.

“ El andamiaje de la democracia representativa en la UE es presa de las tensiones por la cesión de soberanía entre los Estados y la Unión. ”

Sin embargo, en un balance rápido, veremos que a las indudables luces le acompañan muchas sombras. Empecemos por los cimientos, es decir, por la que ha sido una de las principales señas de identidad europea, y que sin embargo, ya desde sus

inicios, tiene fisuras. La democracia liberal representativa es común al conjunto de Estados miembros, al menos desde el punto de vista formal. Sin embargo, no es así en el diseño de las instituciones comunitarias, que tal como ha sido denunciado por numerosos analistas, van arrastrando en sus sucesivas redefiniciones un déficit democrático manifiesto. Las críticas más habituales son de sobra conocidas: Un Parlamento Europeo que representa a la ciudadanía de la Unión sin apenas competencias, una Comisión que actúa de modo ejecutivo sin serlo del todo y, sobre todo, que no se ajusta a las preferencias electorales expresadas por los electores, y la clamorosa falta de responsabilidad política ante la ciudadanía de instituciones claves como el Banco Central Europeo. A esto hay que añadir un complejo entramado de lo que se ha llamado la “comitología”, que hace de la estructura comunitaria un ámbito de enorme complejidad que impide la accesibilidad necesaria para la transparencia y la participación. El anda-

miaje de la democracia representativa en la UE es presa de las tensiones por la cesión de soberanía entre los Estados y la Unión, lo que le debilita profundamente hasta el punto de minar buena parte de los cimientos. Habrá quien dirá que la UE es un nuevo tipo de construcción política con reglas propias. Cierto, pero eso no justifica que aspectos básicos de la relación entre gobernantes y gobernados sean dejados de lado. También se podría apostar por un nuevo tipo de construcción política sobre la base de más y mejor democracia. El resultado —si no directo al menos muy relacionado con estas carencias— es la creación de una ciudadanía europea carente de contenido y la construcción de un espacio en el que prevalece la unión monetaria —ni siquiera económica— sobre la política. Se impone la Europa de los mercaderes.

Si nos fijamos ahora en la techumbre que nos protege de las inclemencias, el Estado Social y el Estado del Bienestar, tras constatar que ha sido la pieza clave que ha permitido a Europa un desarrollo económico durante cincuenta años, vemos cómo ahora es aniquilado por el credo neoliberal, y con él la prosperidad, el liderazgo internacional y, lo que es más grave, la igualdad. La Europa de las libertades que basaba su progreso en un pacto social de solidaridad y equidad se está convirtiendo hoy en territorio del sálvese quien pueda, consumando una trayectoria ya iniciada por Thatcher y perfeccionada hoy por Merkel en la que la cohesión social y el bienestar dejan paso a una desregulación y minimización del Estado donde impera la ley de la selva. Y en la selva ya sabemos quién gana: el león.

Vayamos ahora a las paredes maestras. Los setenta años de paz entre las grandes potencias europeas que suceden a la II Guerra Mundial probablemente no hubieran sido posibles sin la apuesta por un proceso de construcción europea, pero no podemos olvidar que los Balcanes antes y Ucrania ahora nos recuerdan

nuestra debilidad a la hora no solo de mantener la paz en las fronteras de la Unión, sino fundamentalmente de articular posiciones comunes que nos permitan afrontar conjuntamente estos conflictos, tratando de prevenirlos y, en su caso, actuando para minimizar los daños.

Cuestionados, como se ha visto someramente, los tres elementos esenciales sobre los que se levanta el edificio europeo, no es de extrañar que el vendaval que vivimos en esta crisis económica, social, política y de valores, se esté llevando por delante ya de por sí débil estructura de la arquitectura comunitaria: Los conflictos revientan en la puerta de la UE, el Estado de bienestar —si bien de forma distinta según los países— se hunde, y la ya débil democracia representativa sucumbe bajo un ciclón que deja al descubierto las carencias de la representación liberal. El edificio europeo se derrumba.

“ Los conflictos revientan en la puerta de la UE, el Estado de bienestar se hunde, y la ya débil democracia representativa sucumbe. El edificio europeo se derrumba. ”

En esta situación de profunda insatisfacción ciudadana e incapacidad por parte de la UE de afrontar los problemas actuales, hay varias víctimas: En primer lugar, la propia Unión Europea y su credibilidad. En las últimas elecciones al Parlamento Europeo celebradas en mayo de 2014, un 25 % de los votos fueron a formaciones euroescépticas. La segunda víctima es el Estado-nación, protagonista en la Historia europea del último siglo, que ahora es cuestionado, como suele decirse, “por arriba y por abajo”: externamente superado por una globalización que ha dejado a la luz sus carencias y falta de herramientas para rei-

vindicarse en el nuevo escenario, e internamente violentado por tensiones identitarias que, si bien no son nuevas, cobran ahora mayor fuerza. Estas reivindicaciones de carácter nacional e identitario se han convertido en catalizador y expresión de descontento con la situación política general y reivindicación de un cambio político que se relata como la solución al conjunto de problemas que asolan hoy nuestra convivencia. Cuando se escuchan los discursos de independentistas catalanes o escoceses, por citar los que más titulares han ocupado en los últimos meses, vemos en ellos discursos salvadores en los que la independencia se vuelve la pieza clave para refundar todo el sistema.

En definitiva, la Europa unida que llevamos más de sesenta años construyendo a trompicones solo tiene sentido desde una identidad basada en la democracia y el Estado de bienestar. Si esto se viene abajo, Europa se derrumba, al menos tal como la hemos ido concibiendo hasta ahora. Y el Estado-Nación, cuestionado desde dentro y desde fuera, o “por arriba” y “por abajo”, y mermado en sus fuerzas con la desaparición del Estado de bienestar, saltará también por los aires. Si esto ocurre, la Europa de los mercaderes se habrá hecho realidad, pero será por poco tiempo, porque será también la Europa de las desigualdades y de la injusticia, que llevará a una Europa cada vez más dual y más empobrecida. Y eso poco tiene que ver con la Europa de las libertades, la democracia, la innovación y el desarrollo en que se basa el relato europeo.

Europa es cada vez más el “viejo continente”, y tiene dos opciones: refundarse o dejar que el ciclón neoliberal la derribe. Si se opta por la refundación, hay que actuar en los tres elementos: reforzar los cimientos con más y mejor democracia, consolidar las paredes de la paz con criterios comunes y renovar la techumbre de la equidad social. Espero que no sea demasiado tarde.